

E. MIRET MAGDA LENA

El profesor Roger Garaudy, el marxista independiente, expulsado del P. C. francés, dijo al terminar el Concilio: "Si rehusamos el nombre mismo de Dios es que éste implica una presencia, una realidad, cuando lo que vivimos es una exigencia jamás satisfecha de totalidad y de absoluto" (De l'anathème au dialogue, ed. Plon. Paris; hay traducción española).

Este hombre, que rechaza la idea usual que los creyentes tienen de Dios, confiesa, sin embargo, poseer una experiencia que yo llamo con todo derecho (con los investigadores actuales del fenómeno religioso, como Micklem) religiosa. Es una experiencia que coincide con lo que han vivido muchos hombres creyentes y no creyentes, y que aquellos llaman Dios y éstos se niegan a llamarla así.

Esto hace comprender que, antes de llegar a la división entre creyente y no creyente, existe en muchos, sin distinción de creencia o no creencia, una fe en algo que dirige nuestras vidas. Es algo común y previo a la separación que hemos vivido los hombres por motivo de nuestra profesión de fe. "Nosotros vivimos —sigue diciendo Garaudy—, sin duda, cristianos y marxistas, la exigencia del mismo infinito". La diferencia, para mí, entre unos y otros, sea cual sea su ideología profana, está en el modo como llamamos a esa experiencia.

Pero todo el que cultiva esa fe innombrada es religioso en un sentido más amplio y universal al que hasta ahora tenía esa palabra, sea cual sea el nombre que quiera darle a ella.

Lo que ocurre es que los cristianos cada vez estamos acercándonos más a esta "fe desnuda" que tienen algunos incrédulos, y que empezamos muchos a poner en primer plano. Si no, seríamos insinceros, porque antepondríamos el nombre a la realidad, siendo así que en el afán que todos sentimos de mayor autenticidad, esa exigencia debe ser más importante y decisiva que las palabras o conceptos que describen tal experiencia o la interpretan.

Es una "fe desnuda", tal como la expone —todavía con un poco de timidez— en su último libro el gran escritor católico francés, Henri Fesquet, el primer y más profundo periodista del Concilio, redactor del periódico parisino Le Monde.

Nuestro camino cristiano, ayer divergente del de muchos que se apartaban de un cristianismo frondoso y lleno de supercherías y excrecencias falseadoras, es hoy coincidente en gran parte con la tentativa purificatoria que encabezó Nietzsche, a quien analizó muy bien el filósofo Karl Jaspers en sus elementos vital-religiosos auténticos, a pesar de su aparente enemiga al cristianismo.

Fesquet se percata de que es imposible brindar un mensaje religioso a la juventud

actual con el ropaje religioso con el que lo hemos envuelto hasta ahora. Y si la juventud es hoy en día más del 50 por 100 de toda la Humanidad, tiene ésta derecho a ser comprendida en sus anhelos y debe dársele el Evangelio como lo piden, ausente de tantas cosas accidentales que se le habían adherido y que ya no sirven a esta juventud.

Los hombres religiosos de mañana no serán por eso —creo yo— los que se llenan de prácticas culturales, de exigencias doctrinales y de normas exteriores coactivas, sino los que descubren esa sed de algo mejor y más progresivo para el hombre y para la humanidad, y se entregan a ello. Y se entregan a este cometido fomentando en sí mismos esa vivencia de absoluto. En una palabra: haciéndose más interiores y des-

Hoy, la exigencia superadora —la esencia de lo religioso— tiene que ser descubierta dentro de nosotros mismos y proyectarse hacia el exterior con espontaneidad.

Y no podremos contar ya con una fe profusa y rica, sino —como dice Fesquet— con una fe completamente desnuda de ataduras exteriores y seguridades falsas. Será una fe desarmada y no conquistadora, una fe libre, modesta y pobre, porque no tendrá banderas, estandartes, leyes protectoras, procesiones, concordatos, ni romerías. Será la fe del que cree en la experiencia íntima de un más y mejor para el hombre. Será una fe llena de esperanza, pero no una fe asentada en un tranquilo presente egoísta propio de privilegiados. Serán estos nuevos creyentes unos hombres llenos de hambre y sed de lo esencial, pero críticos y despreciadores de lo que no lo es.

Ahora nos damos cuenta de tantas cosas que han ocultado esta fe vital, y la han ahogado de prescripciones frenadoras y baluartes protectores que, poco a poco, la habían desfigurado y tergiversado.

Surge así, en mi opinión, una nueva época para el creyente del futuro, muy distinta de la anterior que hemos vivido, y aun de la actual, que es demasiado espectacular y bulliciosa, con su fuerte inflación de crítica, de renovación y de ensayos ingenuos.

No: el futuro se presenta de otra forma. El panorama que se empieza a abrir a nuestros ojos (y, sobre todo, a nuestra actitud de hombres) es un panorama modesto, íntimo, inconformista, pero sin alharacas ni demostraciones de gran espectáculo.

El espejismo de los nombres y la idolatría de los conceptos empieza a caer por su base, y se abre una nueva era: la de la realidad humana íntima y fugaz, que será un acicate hacia un hombre más pleno, que defiende y pretenda lo esencial y se olvide muchas veces de lo accidental, cuando esto último oculte aquello.

Por eso me extraña que algún que otro obispo español (con los que están en desacuerdo otros muchos) use incluso los grandes medios de comunicación social para exponernos una doctrina acerca de lo religioso, tan apartada de estos "signos de los tiempos", y que fueron tan apreciados por Juan XXIII como criterio de adaptación religiosa de nuestras ideas y costumbres a la corriente profunda de la humanidad.

Y si no pensásemos así —y dejásemos de aceptar estos signos de la época— sería condescender que el Evangelio no es para el mundo que se avecina, sino algo que pertenece a otros tiempos que ya se han ido o están a punto de irse.

Porque los hombres —oficialmente religiosos o no— que quieran ser hombres, serán los aventureros de lo absoluto o no serán nada.

AVENTUREROS DE LO ABSOLUTO

arrollando en sí esta intimidad impulsora y superadora de nuestras pequeñeces y estrecheces.

Quien fomenta esta interioridad dinámica será el verdadero religioso del porvenir, se le llame externamente religioso o no por su actitud ante las religiones concretas.

El gran teólogo católico Karl Rahner, S. J., vislumbró algo de esto al sentar por un lado las bases del cristianismo anónimo de muchos incrédulos, y por otro, la fe discreta, interior y poco espectacular de muchos creyentes del porvenir.

Jesús, lo mismo que Gandhi, fue un gran crítico de la religiosidad concreta de los hombres de su tiempo, y nunca dio muestras de esa práctica semineurótica en que hemos sido formados muchos cristianos, educados con el ojo alerta a la pecaminosidad del mundo que nos rodeaba, o con la inquietud por el cumplimiento puramente exterior de unas normas de doctrina o de moral, que no podían salvarnos como hombres íntegros y completos, porque eran raquíticas y cicateras.